

Líneas: 150

Sección: Práctica

Título: **La Carta, “un significante polisémico en la vida de un adolescente”**

Autor: Alex Droppelman.

Tema:

Carlos es un adolescente de 19 años que concurre a la consulta desde hace aproximadamente 14 meses. A los catorce años se le diagnóstico una afección a la hipófisis que lo hizo permanecer un tiempo en tratamiento en el extranjero.

En uno de sus rutinarios controles y como consecuencia de ciertas preocupaciones de la madre, uno de los doctores que lo atendía por los problemas de su glándula, le diagnostica variados y diversos síndromes : depresión, anhedonia, inhibición y también fobia. La madre lo deriva a un psicoanalista después de intentar con algunos fármacos que saliera de un cierto “silencio exacerbado”, de “un desgano excesivo”, de “un desinterés por todo”. La madre dice : “no se qué tiene”. Yo pienso en silencio que llegó la hora de enterarse de eso precisamente, “de qué tiene”. Carlos sabe qué tiene pero nunca lo ha escuchado decir de su padre. Es más, de su padre nunca ha escuchado decir mucho. Tal vez porque de chico le dio muchas ordenes y eso tuvo como efecto que no ordenó nada. El padre fue Marino, comandante como suelen decir en la marina a aquellos que tienen el “mando”. De él, heredó Carlos el nombre y el apellido, el don de mando no le fue precisamente “donado”. El legado fueron algunas órdenes que cumple a cabalidad, “silencio en la fila”, “callar”, y entender que “donde manda capitán no manda marinero”. Todas consignas que Carlos recuerda en el análisis una a una, recuerda que las horas de comida eran de “come y calla”. No se podía hablar, menos con la boca llena.

Carlos es un adolescente un poco callado. Tiene una cierta inhibición para decir ciertas cosa, sobre todo a su padre con el que se relaciona pero al cual él no se atreve a decirle nada: “ni una sola palabra”. “Siempre ante él me quedo callado”. “Quisiera poder hablar en vez de callar. Decirle muchas cosas, contarle algunas y preguntarle otras, pero no puedo.”

Falta de confianza en el significante. De una aparente pérdida de valor de la palabra lo que en cierta forma la hace innecesaria. Algunos no comen y tampoco hablan, o se tragan las palabras y no la comida. Otros comen y callan. Algunos comen para no hablar. Otros se comen las palabras. Entre Parlare y Car(llare)los, Carlos elige Ca(r)llar (e).

Un día se produce en una sesión de esas, bastante calladitas, un cierto recuerdo de cuando estaba en el extranjero. Cuenta que al principio le mandaba algunas postales a la Madre y que ella le contestaba con Cartas. Él recuerda que cuando regresa a Chile el padre se debe quedar un tiempo en E.E.U.U. por razones de “alto mando” y él le escribe una Carta. El padre acusa recibo con una llamada por teléfono donde le dice que no importa cuanto rato hable, que hable el tiempo que quiera. Carlos dice “yo quería hablar lo que hubiese querido, no cuanto hubiese querido”. El padre le dice que hable cuanto quiera total “tiene Carta blanca”.

El problema entonces es “lo que” y no “cuanto”. Al significante el padre lo cifra. La cifra retorna de este modo muda.. En el “cuánto” Carlos no “cuenta”, de hecho el no cuenta “nada”.

La Carta que deviene blanca para el padre es una cifra cero en el balance de las cuentas, las palabras del hijo no hacen diferencia al fondo del blanco del papel en la escritura.

Hay cifras que hacen metáfora y otras que sólo logran alcanzar el estatuto de número.

Carlos se lamenta de las cosas que no le cuenta a su padre, menciona que éste no sabe nada acerca de sus amigos, que de hecho no los conoce, ni éstos a su padre. Que todo lo de sus amigos podría ser mentira y su padre no se molesta en saberlo. Que el padre no sabe nada de él. Que sólo le pregunta por cosas triviales como las calificaciones. Tanto pregunta por las notas que de Carlos no nota nada.

Carlos decide tomar Cartas en el asunto. Dice que ha notado. ¿Ha anotado?, le digo. Ríe. En esto de tomar Cartas, ¿de qué lugar se trata el del analista?, ¿el del rival de un juego de póker, el del muerto en una partida de Bridge o el lugar “dil postino”, mas bien dicho del “Cartero” en una escritura de un deseo por advenir.?

Carlos me comunica que ha decidido escribirle una Carta a su padre.

Que en ésta le va a decir todas las cosas que calla. Que *contará* ...algunas cosas que le pasan. Dice que es el único modo de decirle las cosas que calla. Que no se atreve a hablarle de otro modo.

Carlos inicia entonces la escritura de una Carta que trae regularmente a las sesiones dónde me pide leerla. Él precisa que yo la escuche, su lectura. A medida que pasan las sesiones el va modificando ciertos párrafos que le merecen reparos. Es una escritura y re-escritura la que Carlos le escribe a su padre.

Con Carlos a veces hablamos de literatura, me dice que ha empezado a leer. Le digo que al parecer “El Coronel” de García Márquez no tiene quien le escriba pero el capitán, el comandante, él si tiene quien le escriba.

Él ríe.

Sí dice, él tiene quien le escriba: Yo.

Yo tomo nota acerca de que se anota.

En esta misma época Carlos decide que también es hora de escribir otras cosas, “consignarlas”, ...”cocinarlas” dice en un fallido que se resignificará en el tiempo.

Carlos se hace confeccionar una libreta de apuntes donde cada tanto escribe algunas cosas que le vienen en gana, ya no al padre sino “como si fuese una carta a si mismo”. En este caso dice, yo soy el destinatario.

Carlos se anota de este modo algunos puntos que cuentan para si mismo. ¿Habrán de contar para su padre?

Carlos inicia la tarea de una escritura infinita, la escritura de una Carta que no cesa de no escribirse. Cada vez que retoma la lectura en sesión, rectifica una palabra, una coma, agrega o suprime algo como si el texto debiera ajustarse, debiera calzar, debiera tener la exactitud...de una cifra le digo.

Carlos ríe. Le pregunto si quiere escribir una Carta o si quiere transcribir un balance. ¿Cuentan las palabras o las cantidades?

Un día me dice que ha terminado la Carta, que si hay cosas no dichas podrán existir otras cartas. Que es la primera pero no tiene que ser la última. Ahora lo que no tiene es la dirección del Padre . En realidad no sabe dónde vive. Que una de las cosas que le dice en su carta es que quiere visitarlo, conocer dónde vive, alojar algún día allí.

Carlos espera que su padre lo llame por teléfono para pedirle la dirección con el pretexto que la necesita para enviarle los papeles de la postulación a un Instituto dónde quiere entrar a estudiar ...Cocina.

El padre le da la dirección y le notifica que va a venir el fin de semana para que salgan a almorzar.

¿Va a advenir, finalmente?

Probablemente esta venida ya no sea a pasar revista sino en cierto modo a acusar el recibo de una Carta que nunca se le envió.

De este modo la Carta pasa a ser una Carta respecto de la cual se posterga el envío. De hecho Carlos se resiste a ponerla en un buzón. Es, me dice, “como si quisiera enviarla personalmente, como que preferiría leerla como lo hago aquí”.

El padre viene y por primera vez no pasa “revista” a las notas, al parecer esta vez a la hora de la comida la palabra cobra el estatuto de significante. Discuten los nombres de los platos, Carlos le traduce alguna salsa, le explica al padre acerca de los distintos ingredientes que la salsa combina.

La carta del menú le presta el sustrato a las combinaciones y sustituciones de la lengua.

El padre empieza a venir con periodicidad y frecuencia, en cada venida es como si un párrafo de la Carta, no enviada por Carlos a su padre, éste en algún lugar acusara recibo. Las preguntas y las palabras del padre van poniendo palabras exactamente allí donde el hijo las invocaba en esta carta no enviada.

Presencia del padre que permite la circulación de la Carta a partir que éste pudo poner en la letra lo que se le negaba en la voz.

La Carta llega. Siempre llega al lugar de la ley.

¿Es el deseo de Carlos el que habla más allá de la Carta y que el padre consigna en una escucha dónde la palabra del hijo empieza a contar? ¿Es el espacio del restaurante el que permite que la palabra circule más allá de lo que está sobre la mesa.?

Leída la Carta no enviada, tramitada entre plato y plato de las muchas comidas que semana a semana empezaron a tener Carlos y su padre, se imponen nuevos y mas profusos intercambios.

La imagen también juega lo suyo: había que ver como el padre vivía. De hecho era uno de los deseos de Carlos, que el padre lo alojara.

Surge así la invitación, el padre lo espera en la estación. Hacen juntos el viaje hacia su casa. Carlos alojará por primera vez en la casa del padre. El Padre lo espera. Lo aloja. No hay Carta blanca, le pone algunas reglas. No dejar las toallas tiradas, hacerse la cama, en fin, algunas reglas. Ni “Carta blanca” ni “la Cartilla”, sólo algunas cosas del *con-vivir*.

Esa noche salen a comer juntos, pero esta vez Carlos le traduce el menú a su padre y éste le pide que le recomiende algo.

Un modo de hacer constar la palabra a la hora de la cena. Ya no es más “come y calla” sino tal vez pasar, menú mediante, del ¿qué me quieres? al ¿qué quieres? comer.

Esa noche la comida tuvo sobre-mesa. Vinieron la primeras cervezas entre padre e hijo. Algunas confesiones. La palabra esta vez había sazonado la cena. La carta del menú no era una Carta blanca sino un texto de significantes. Metonimia del menú, punto de partida a la circulación de una palabra entre Carlos el hijo, las Cartas, (la de Carlos y la del Menú) y Carlos el padre. Una comida donde la comida no fue a la “orden” y que permitió no obstante que algo allí se ordenara.

Uds. se preguntaran acerca de la transferencia, ¿qué del analista?. Bueno, a la hora de una cena de a dos el analista se conforma con haber sostenido en su momento el lugar

del cartero que hizo de poste, (Posta), de pivote a la circulación de una Carta que regresó siempre al lugar del destinatario. Hay un solo trayecto propio de la Carta, que regresa siempre al mismo lugar que es el suyo.

Retorno de la Carta, cartero mediante, que le permite a Carlos leer no una “Carta blanca” sino la letra en su marca significante que hace a la traza de un deseo propio.

Carlos estudia para “metre”, estudia para “Chef”. Cuenta que desde las primeras clases ha tenido que ensayar diversos cortes. Cuenta que le cuesta estudiar “francés” que se le hace necesario para poder hacer las Cartas de los platos que él prepare más adelante. Dice que de momento sólo ha cocinado algunas sopas, más tarde les dirá cremas, finalmente algunas sesiones más tarde las nombra en francés.

Al fin y al cabo un buen cocinero sabrá, consecuencia de su propio análisis, “que un sujeto sabe bien, que cualesquiera que sean sus apetitos, cualesquiera que sean sus necesidades, ninguno encontrará ahí satisfacción, a no ser , organizar su menú”.

Carlos escribe sus primeros menús, no escribe Cartas, escribe poco en su libreta de apuntes, pero cuenta. Y en esto de contar sueña, sueña con tener un restaurante que permita una Carta bien variada que garantice lo único posible, que los clientes regresen siempre por un nuevo menú.**Bon appetit.**